

Éxitos y derrotas en la profesión docente

José Manuel Esteve Zarazaga
Catedrático de Teoría e Historia de la Educación
de la Universidad de Málaga



Nuestros sistemas educativos afrontan, por primera vez en la Historia, una nueva etapa absolutamente revolucionaria: vamos a intentar acabar con la pedagogía de la exclusión.

La mayor parte de los adultos de este principio del siglo XXI nos educamos en un sistema educativo basado en la exclusión. Como he descrito con más detalle en *El árbol del bien y del mal* (Octaedro, 1998), tradicionalmente, nuestros sistemas educativos empleaban dos mecanismos de exclusión: el primero, de aplicación fulminante, expulsaba de mi colegio a cualquier alumno que planteara un problema de conducta grave; el segundo, algo más lento y sutil, pero igualmente implacable, expulsaba a los alumnos que planteaban cualquier dificultad en la comprensión o la velocidad de su aprendizaje. De esta forma -como decían los Alumnos de Barbiana-, nuestros sistemas educativos funcionaban como un hospital cuyo servicio de urgencias echara a la calle a los heridos más graves y a los enfermos difíciles. Esta pedagogía de la exclusión se basaba explícitamente en la idea de que estudiar era un privilegio, y que los alumnos maleducados o sin cualidades debían dejar las

escasas plazas escolares a otros mejor dotados. Sin embargo, en las últimas décadas del siglo XX, los sistemas educativos europeos modificaron radicalmente la tradición excluyente de nuestras instituciones educativas, al lograr la escolaridad plena en la educación primaria y declarar obligatoria, también por primera vez en la Historia, la educación secundaria.

Este cambio, profundo y esencial, ha supuesto una modificación sustancial de los objetivos, las metodologías de trabajo y el valor social de la educación. En efecto, en treinta años hemos pasado de una escolarización primaria escasa y llena de lagunas y de una tasa de escolarización en secundaria que sólo alcanzaba al 9 % de los niños de cada cohorte de edad, hasta la actual situación en que nuestra tasa de escolarización primaria se sitúa en el 109% , y la de secundaria ha rebasado ya la cota del 90% camino de una efectiva escolarización plena. El dato anterior no es un error -Francia ofrecía tasas de escolarización del 114% en el último Anuario de Unesco-, y significa efectivamente que tenemos escolarizados más niños de los que figuran en el censo. En la práctica, esto quiere decir que además de tener

escolarizados a todos los niños del censo, hemos escolarizado a los hijos de los inmigrantes, legales o ilegales, a los hijos de los extranjeros transeúntes y a los niños no inscritos.

En esta nueva etapa, el trabajo de los profesores es mucho más difícil de lo que ha sido nunca. No es igual trabajar en el aula con un grupo de niños seleccionados por su nivel académico y por su buena conducta, que trabajar con el cien por cien de los niños de un país, lo cual supone trabajar con el cien por cien de los niños más problemáticos. Frente a una situación anterior en la que el profesor daba una clase expositiva, cuyo nivel de aprendizaje estaba marcado de antemano, ya que se suponía una cierta homogeneidad entre los alumnos, la situación actual hace que la mayor parte de nuestros profesores se enfrenten a un grupo de alumnos realmente muy diferentes entre sí. Alumnos con diferentes procedencias culturales y distintos niveles en el dominio de los conocimientos instrumentales; alumnos con distintas capacidades intelectuales y diferentes predisposiciones hacia el estudio; alumnos con capacidad para aprender más deprisa y otros que necesitarían avanzar más despacio.

El esfuerzo que la sociedad está pidiendo a nuestros profesores en esta nueva etapa es enorme, y debería ser valorado no sólo con un mayor reconocimiento social, sino ofreciéndoles también mejores condiciones de trabajo para hacer frente a una situación de enseñanza que es ahora mucho más difícil. La mayor parte de nuestros profesores ha aceptado el reto de la integración, aumentando su esfuerzo con gran generosidad. Saben que no es posible volver a la segregación. Saben que no tiene sentido volver a establecer clases B para los alumnos de rendimiento mediano y clases C para los desahuciados del sistema. Saben que nuestra sociedad ya no admitiría nuevos guetos. Las investigaciones sobre la psicología social del aprendizaje nos hablan de la influencia de los compañeros en la calidad y la mejora del aprendizaje; nos hablan de que los niños a los que segregamos al grupo de los lentos se hacen todavía mucho más lentos porque no tienen compañeros que les sirvan de estímulo y de ejemplo para aprender; en conclusión,

principio de la diversificación curricular. La expresión “diversificación curricular” forma parte de lo que dos excelentes profesores de secundaria, Juan Franco y Antonio Guzmán, llaman, a medio camino entre la ironía y la crítica, “la nueva jerga pedagógica”. Sin embargo, el concepto es antiguo y de tal sentido común que ya lleva muchos años llevándose a la práctica, antes de que oyéramos por primera vez la expresión de la nueva jerga pedagógica. Los antiguos maestros de las escuelas unitarias rurales hacían diversificación curricular cada día, simplemente partiendo del hecho de que en el aula había niños de niveles muy diferentes, a los que había que atender simultáneamente. Para hacerlo, los maestros de las escuelas rurales partían de un principio básico de la diversificación curricular: preparar sus clases programando no lo que ellos iban a hacer el día siguiente, sino lo que los alumnos iban a hacer el día siguiente. Este cambio, aparentemente banal, supondría una modificación radical y extraordinariamente positiva en las estra-

Ellos sólo aprenden cuando se implican en una actividad de aprendizaje; por tanto, programa para ellos actividades de aprendizaje. Tu discurso expositivo puede ser una actividad de aprendizaje; pero ellos se implican más fácilmente en estas actividades cuando, tras una introducción del profesor que marca el sentido y el valor de la actividad a realizar, son ellos quienes la realizan.

Además, los maestros de las escuelas unitarias utilizaban como recurso didáctico una estrategia tan antigua como el “aprendizaje mutuo”. El principio es igualmente sencillo y avalado por el sentido común. Ante la imposibilidad de supervisar simultáneamente a distintos grupos que trabajan con diferentes niveles en el interior de la misma sala de clase, echaban mano de los chicos más avanzados para ayudar y supervisar a los pequeños grupos que aprendían en niveles inferiores. Esta actividad, aparentemente sencilla, implica una serie de valores educativos y organizativos muy importantes: para empezar ocupa a los más avanzados en una tarea de ayuda y de solidaridad con los más lentos; sirve de repaso y afianza el conocimiento de los más avanzados, ayudándoles, además, en el esfuerzo por explicar algo, a encontrar nuevas relaciones del saber adquirido; da valor ante el grupo a los niños que dominan un aprendizaje; ofrece a los más atrasados una explicación hecha por un compañero que tiene muy recientes las dificultades que él tuvo para aprenderlo y que es capaz de traducir a las claves de su propio lenguaje la organización de lo aprendido; y, naturalmente, permite trabajar en grupos simultáneos con tantos niveles de aprendizaje como sea preciso.

¿Cómo atender a alumnos muy diversos con diferentes niveles de aprendizaje? Tomlinson (Octaedro, 2001) propone como estrategia ge-

«En las últimas décadas del siglo XX, los sistemas educativos europeos modificaron radicalmente la tradición excluyente de nuestras instituciones educativas»

nos dicen que el niño no sólo aprende de su profesor, sino también de sus compañeros. Por eso no tiene sentido volver a las clases segregadas.

Sin embargo, afrontar una clase heterogénea plantea numerosos problemas al profesor, que debe ajustar y reorganizar su metodología didáctica siguiendo el

tegias docentes de una gran parte de esos profesores que dicen estar sobrepasados y que no saben cómo organizarse con éxito ante la diversidad de sus alumnos: Prepara tus clases pensando en las actividades que ellos van a realizar, en lugar de preparar las actividades que tú, como profesor, vas a realizar. Son los alumnos los que tienen que aprender.

neral la del *"think versus sink approach"* (plantearse pensar en lugar de hundir). Ella nos propone planteamientos y estrategias prácticas para organizar una clase en la que el profesor tiene que trabajar con alumnos de diferentes niveles de aprendizaje, y de diferentes aptitudes e intereses. Pero todos los planteamientos parten de la misma fuente: la actitud básica de los profesores de que su tarea esencial es ayudar a sus alumnos, tal como son, tal como vienen. Ahora todos los niños están en la escuela. Traducido, eso quiere decir que hemos escolarizados a todos los niños más agresivos y a los más violentos; y además, ahora, definida la educación como un derecho, no podemos volver a emplear la única estrategia que desde siempre ha aplicado la escuela a estos niños: expulsarlos. Atender a toda la población infantil, sin exclusiones, supone meter de golpe en nuestras escuelas todos los problemas sociales y psicológicos de todos nuestros niños, y esta es una labor sin precedentes. Nunca lo habíamos intentado antes. No tenemos procedimientos para tratar con los niños más problemáticos porque lo que hacíamos con ellos hasta ahora era expulsarlos. Ahora tenemos en nuestros centros a todos los niños que se drogan; a todos los niños que soportan palizas de sus padres; a todos los niños que han aprendido la agresividad de unos padres alcoholizados o con síndrome de abstinencia; a todos los niños que nunca han tenido afecto, ni unos padres a los que poder imitar; a todos los niños que no han aprendido las normas de convivencia social, o peor aún, han aprendido las normas de la agresividad como reacción a la exclusión; a todos los niños cuyos padres malviven como inmigrantes, en condiciones infrahumanas y soportando humillaciones cotidianas; a todos los niños cuyos padres están en la cárcel y sobreviven al cuidado de un familiar; a todos los niños –más de los

que pensamos en nuestra sociedad opulenta- que aún pasan hambre y frío; a todos los niños que sufren – siempre son los más débiles-, la agresividad de unos padres hundidos por el paro, por la marginación, por la exclusión en una sociedad que ha hecho de los recortes de plantilla un mecanismo habitual para aumentar los beneficios. Todos estos

niños que, con escaso apoyo familiar, se incorporan por primera vez a nuestras escuelas. Todos tenemos que comenzar a valorar las nuevas dificultades del trabajo de los profesores en esta nueva etapa de nuestros sistemas educativos, en la que todos los problemas sociales pendientes han entrado en nuestras aulas.

«Es el trabajo del profesorado el que ha sacado de la miseria cultural a los miles de niños y niñas que hace pocos años ni siquiera llegaban a las escuelas o eran expulsados»

niños están en una escuela. Todos ellos están al cuidado de un maestro o de una maestra a los que no han preparado para actuar como asistentes sociales; pero que deben solucionar primero esos problemas previos que bloquean la capacidad de aprender.

Muchos profesores aceptan la derrota de antemano y dimiten ante las nuevas dificultades asegurando que no están preparados para trabajar en aulas tan heterogéneas, y realmente tienen razón: es urgente modificar nuestra formación inicial de profesores; es un fraude seguir preparando profesores para unas instituciones escolares que ya no existen; pero frente a esta actitud cientos de profesores buscan el éxito. Son hombres y mujeres que aceptan el reto de dar una respuesta eficaz al desafío central de la educación en el siglo XXI: dar calidad a la educación en el nuevo panorama que supone trabajar con el cien por cien de los niños de un país; dar calidad a la educación de un sistema educativo que, por primera vez en la Historia, abandona la pedagogía de la exclusión intentando dar una respuesta educativa a los miles de

Todos los días hay cientos de profesores que lo intentan. Su trabajo cotidiano no merece la atención de los medios de comunicación, y ni siquiera ellos mismos sabrán si han obtenido éxito hasta dentro de unos años, pero su trabajo es el que nos mantiene dentro de la categoría de las sociedades cultas y democráticas. Es su trabajo el que ha sacado de la miseria cultural a los miles de niños que hace pocos años ni siquiera llegaban a las escuelas o eran expulsados nada más entrar. Desde los pueblos más apartados a los barrios más marginales encontramos hombres y mujeres que trabajan en la enseñanza sabiendo que constituyen una de las piezas fundamentales, cuando no la única, en la vertebración del cuerpo social. Su trabajo es un éxito aunque sus alumnos no lleguen a la selectividad, por eso es importante devolver a nuestros profesores el orgullo de una profesión imprescindible que está obteniendo logros sin precedentes, y que, al medir su éxito en un trabajo masivo, callado y cotidiano, corre el riesgo de pasar inadvertida o de ser injustamente valorada.